

Rev. C. Harinck
Lectura: Romanos 3:21-31

Salterios:

Primer: 170:1-3

Segundo: 297:1

Tercer: 140:1-4

Cuarto: 83:1

Último: 367:5

Introducción.

Congregación, ¿cómo se convirtieron los ángeles, perfectamente creados, en diablos? La respuesta es: por el orgullo. ¿Cómo se convirtió el hombre, perfectamente creado, en un pecador? Otra vez, la respuesta es: por el orgullo. ¿Cuál es la razón por la que muchos rechazan el evangelio? Una vez más, la respuesta es: debido al orgullo. ¿Cuál es la razón por la que muchos niegan inclinarse ante Dios? De nuevo, la respuesta es: debido al orgullo.

Por la altivez del orgullo, el hombre ha abandonado a Dios. Es solamente a través del humilde camino de la humillación que un retorno a Dios es posible. Nuestro texto, que usted puede encontrar en Romanos 3:24, habla de ese camino humilde. Leemos lo siguiente:

Texto: Romanos 3:24¹

“Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús”.

Tema: La Justificación del Pecador²

1. El precio que Cristo tuvo que pagar por la justificación del pecador
2. El precio que el pecador debe pagar a Dios por su justificación

Primer pensamiento. El precio que Cristo tuvo que pagar por la justificación del pecador.

El apóstol Pablo continúa su discurso acerca de la justificación del pecador. Sabemos que él desea demostrar que el hombre puede ser justificado únicamente por medio de la fe en Cristo y no por las obras de la ley. Para enfatizar esto, él dice: *“...porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios”* (Romanos 3:22b-23).

¹ Las citas bíblicas en este sermón son tomadas de la revisión de la Biblia *Reina Valera – SBT* de la Sociedad Bíblica Trinitaria. Puede leer esta versión de la Biblia aquí: <https://www.reinavalera.online> o encontrar más información acerca de esta revisión en el sitio web de la sociedad aquí: <https://sociedadbiblicatrinitaria.org/revision-reina-valera-1909/>.

² Este es el tercer sermón de una serie de cinco sermones basados en Romanos 3.

No es que los gentiles hayan pecado mientras que los judíos han guardado las leyes de Dios. No hay un camino diferente a la salvación para el judío en comparación con el gentil. No, no hay diferencia. A pesar de las muchas diferencias entre las personas, en este sentido todos son completamente iguales: todos pecaron, y, por eso, deben ser salvos de la perdición por medio de la fe en Cristo. Sea judío o gentil, sea asistente en la iglesia o no, hay un solo camino a la salvación. No hay excepciones. *“Todos pecaron”,* como explica el apóstol, *“y están destituidos de la gloria de Dios”*.

¡Qué terrible observación es esta! Todos han fallado en cumplir el verdadero propósito de la vida. Estamos sin la capacidad de glorificar a Dios y vivir para Su honor. El hombre no cumple con los mandamientos de Dios, y por eso queda destituido de la gloria de Dios.

Cuando un negociante falla en anotar quién ha pagado y quién no ha pagado por los bienes entregados, sufrirá pérdidas. Así, por la transgresión de los mandamientos de Dios, arruinamos cualquier participación en Su gloria. ¡Qué dañino es esto! ¡Qué pérdida grave!

Perdimos mucho cuando pecamos contra Dios. Perdimos nuestra verdadera esperanza y propósito. Nuestro verdadero destino era y es Dios. Solamente en Él está nuestra verdadera felicidad y propósito en la vida. Podemos buscar lo que deseemos y obtener cada cosa imaginable, pero las palabras de Agustín seguirán siendo relevantes: “Oh Dios, fuimos creados para servirte. Y nuestro corazón queda inquieto hasta que encontramos descanso en Ti”.

La bendita relación que existía entre Dios y el hombre en el Paraíso ha sido quebrantada por el pecado. Hemos perdido a Dios y Su favor. Por nuestro pecado, hemos provocado a Dios a la ira. El apóstol afirma que todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios. Como resultado, el mundo entero es condenable ante Dios y estamos destinados a perecer en el juicio de Dios.

Pero entonces, el apóstol presenta el poderoso evangelio que desea proclamar a los cristianos en Roma, es decir: *“siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús”* (Romanos 3:24).

El apóstol habla acerca de *“ser justificado”*. Él no dice que *“serán llevados al cielo”*. Tampoco dice que *“sus pecados serán perdonados”*. Él emplea diferente terminología. Él dice: *“siendo justificados gratuitamente”*. Esto es lo que se considera en Romanos 3: cómo un pecador culpable puede ser justificado ante Dios. Esto es lo que más importa para cada uno de nosotros personalmente también. Alguna vez, todos tendremos que comparecer ante el tribunal de Dios. ¿Cómo, entonces, escaparemos de nuestra condenación y, en cambio, seremos absueltos de nuestros pecados?

El apóstol nos enseña cómo el hombre es justificado ante Dios. Él es *“justificado gratuitamente, por Su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús”*. Ser justificado es ser declarado justo. No es que seamos hechos justos. Tampoco es recibir una justicia infusa, que es el entendimiento católico romano de la justificación.

La distinción aquí es importante: no llegamos a ser *hechos* justos, sino que el pecador que cree en Cristo es *declarado* justo o absuelto. Justificar es un término judicial. En la Biblia se contrasta con condenar. Ser justificado implica estar ante Dios de tal manera como si nunca hubiéramos cometido pecado. El Dios santo y justo no ve más falta en nosotros y nos absuelve de toda culpa y castigo.

Esa es la bendición de la que habla nuestro texto. ¡Es una bendición más allá de nuestra comprensión! La justificación es un término judicial. Es responsabilidad del juez condenar o absolver. Un rey puede extender un indulto, pero un indulto no es justificación. Una persona que ha recibido un indulto no ha sido declarada inocente. Al extender un indulto, un rey no desea declarar a alguien inocente. Más bien, es lo contrario: alguien puede haber sido sentenciado a muerte por un crimen terrible, pero ser salvado de su destino por medio de la concesión de un indulto.

Sin embargo, la justificación es algo distinta a la extensión de un indulto. Justificar es absolver, es declarar inocente. Esto toma lugar cuando, después de examinar la evidencia, un juez declara que las acusaciones no tienen mérito y absuelve al acusado.

Esta es la substancia de nuestro texto. Diríamos: “¡Pero eso no es posible! El hombre es culpable. Su culpa ha sido probada y claramente establecida. Extender un indulto—sí, Dios lo podría hacer para un pecador culpable, pero que Él declare *la absolución* de tal pecador, ¿no es eso imposible? ¿Cómo puede absolver al culpable y desestimar la evidencia en contra?”

Esta parece ser una completa imposibilidad. Dios, el Juez Supremo, hace cumplir la justicia. Él está enojado con los que pervierten la ley. Dios dice en Su Palabra: *“El que justifica al impío y el que condena al justo, ambos son igualmente abominación a Jehová”* (Proverbios 17:15). Sin embargo, en la justificación del pecador, parece que Dios mismo lo hace. Otra vez, ¿cómo es esto posible? ¿Cómo puede un pecador culpable ser justificado ante Dios? ¿Cómo pudiera estar ante Dios como si nunca hubiera cometido ningún pecado? Sin embargo, es precisamente de esta bendición que habla nuestro texto. Habla de una bendición incomprensible, la esencia misma del evangelio. Cuando usted entienda esto, *solamente* entonces habrá entendido el evangelio en verdad.

El apóstol explica cómo es posible que Dios absuelva a un pecador, es decir, *“mediante la redención que es en Cristo Jesús”* (Romanos 3:24). La solución debe encontrarse en la gran

doctrina bíblica del fiador y la sustitución, y en el concepto bíblico de la justicia imputada. Es porque Cristo se comprometió a ser el Fiador de Su pueblo y, a través de Su sufrimiento y muerte sustitutivos, Dios justifica al pecador y lo absuelve de pecado y castigo.

Jóvenes, a veces me temo que ustedes no entiendan correctamente la esencia del evangelio. Esto proviene de una percepción errónea del amor de Dios. Somos propensos a pensar: Dios es amor, y Él dice a cualquiera que se arrepiente: “Olvidémonos de tus pecados, he perdonado todo”. ¡Esto de ninguna manera involucra un sacrificio sangriento y, mucho menos, el sacrificio sangriento de un inocente!

Es así como también percibimos la misericordia de Dios. Usted podría pensar: “Dios es misericordioso y por eso perdona al pecador arrepentido”. Sin embargo, eso no es un entendimiento completo de Quién es Dios. Dios es también justo y santo. Él odia y castiga el pecado y la maldad.

Cuando la Biblia habla del perdón, siempre es en el contexto de creer en Jesucristo. El perdón de Dios se basa en la reconciliación merecida por Cristo. Ha tenido lugar una sustitución. Jesús ha asumido el lugar del pecador culpable. Él ha sido condenado en lugar del pecador culpable y ha pagado por Su iglesia. El buen Pastor ha dado Su vida por Sus ovejas. Como resultado, el pecador es completamente absuelto. Sus pecados son imputados a Cristo y la justicia de Cristo es acreditada al creyente.

En base a esta santa transacción reposa la justificación del pecador ante Dios. Jesús toma responsabilidad por la culpa del pecador y la perfecta obediencia y cumplimiento de Jesús son acreditados al pecador. Dios ha imputado los pecados de Su pueblo a Jesús. Ahora los creyentes ya no son acusados por ellos. En base al sacrificio perfecto de Cristo, Dios declara justo al pecador que cree en Cristo. Él absuelve a él o ella de su culpa y castigo y trata con ellos como si nunca hubieran cometido ningún pecado.

Esta es la preciosa enseñanza de la justificación a través de la sustitución. Dios no salva a través de la extensión de un indulto. Dios salva a través de Cristo como Fiador y Sustituto. Cristo ha pagado tan perfectamente por Su rebaño que Dios puede absolverlos. La justificación, es decir, ser absuelto por el Juez celestial, es solamente posible mediante la redención que es en Cristo Jesús.

El asunto de la salvación es distinto al de la creación. En la creación, Dios solamente tuvo que decir: *“Sea la luz; y fue la luz”* (Génesis 1:3). Hay personas que creen que la salvación ocurre de una manera similar. Ellos dirían que “Dios es amor” y solo necesita decir: “Yo perdono”, sin que nada más suceda. Sin embargo, esto no es lo que sucede en la salvación de un pecador caído. Es muy distinto a lo que sucedió en la creación. Con reverencia, podemos decir que la palabra del

mandato autoritativo de Dios es insuficiente para salvar al pecador. La deuda del pecado debe ser satisfecha. Una ofrenda debe hacerse. Dios solamente puede justificar en base al sufrimiento y muerte reconciliadores de Cristo. Un sello diciendo “cancelado” debe fijarse a la deuda del pecador.

Dios ciertamente es amor, pero no es amor a expensas de Su justicia. Dios es demasiado justo para hacer lo que es injusto. Cuán injusto sería que, donde ya se ha establecido y probado la culpa del pecador, Dios simplemente le perdonara. Dios no puede y no debe tratar al culpable como si fuera inocente.

¿Cómo, entonces, es posible que Dios absuelva al pecador culpable? El apóstol responde así: *“mediante la redención que es en Cristo Jesús”* (Romanos 3:24). Esa es la única manera en que Dios puede justificar y perdonar.

Debemos corregir nuestro concepto de lo que Cristo vino a este mundo a hacer si pensamos que Él meramente vino para predicar y realizar milagros. Él vino para adquirir la salvación. Él vino para expiar por el pecado. La Biblia dice que Él vino para redimir. Esto tiene que ver con la exoneración y el rescate. Las palabras griegas apuntan a la exoneración mediante pago, como en la suma que se requiere para rescatar a un esclavo o restaurar su libertad. Así es como Cristo ha liberado a Su pueblo. Él los liberó mediante el pago del rescate. En Sus propias palabras, vino *“para dar su vida en rescate por muchos”* (Mateo 20:28).

Por nuestra caída en Adán, todos vivimos bajo la maldición de la ley. Esta maldición de la ley no es simplemente una noción académica, sino que es, de verdad, la realidad de nuestra existencia. Los espinos y cardos en la tierra, junto con la enfermedad y el sufrimiento, son evidencias de esta maldición. La muerte, especialmente, es el testimonio de esta maldición.

Debido al pecado, toda la humanidad vive bajo la maldición de la ley y las demandas de la justicia de Dios. La ley y la justicia de Dios exigen, por así decirlo, lo que Jesús dijo acerca del hombre que negó pagar sus deudas y fue echado en la cárcel: *“De cierto te digo que no saldrás de allí, hasta que pagues el último cuadrante”* (Mateo 5:26). La ley nunca aliviará a ninguno de la maldición, y la justicia de Dios no excusará el castigo del pecado, hasta que el último cuadrante haya sido pagado.

Sin embargo, no es solamente la culpa del pecado la que impide nuestra salvación. Hay también un maestro cruel que nos ha convertido en esclavos. Por nuestro pecado, hemos sucumbido al poder de Satanás. Es por el pecado que el diablo ha obtenido dominio sobre la raza humana. El diablo no tendría ningún poder sobre nosotros ni derecho sobre nosotros si no hubiera obtenido dominio sobre nosotros por el pecado. Debido a que nosotros rechazamos a Dios y obedecemos

al diablo, él ha obtenido dominio sobre nosotros. Es como si nos hubiéramos vendido en esclavitud.

De esto es evidente que el hombre caído está en necesidad de salvación. No solo es necesario que la deuda de su pecado sea pagada, sino que él también necesita ser salvo del poder y dominio del diablo. Por esto, un precio de rescate fue necesario, un rescate que satisficiera a Dios hasta el punto de que Él borraría nuestra deuda del pecado de Su libro. Pero, además, este rescate debe ser suficiente para asegurar de que Cristo tenga más derecho sobre el pecador que el diablo. El esclavo debe ser redimido de la esclavitud.

Como resultado, Satanás tendrá que renunciar a su derecho sobre el pecador. Cuando se paga el rescate, el capataz tiene que dejar libre al esclavo. En resumen, cuando se pague el rescate, la ley retirará su maldición, la justicia retirará sus cargos, y Satanás tendrá que liberar a sus cautivos.

Sin embargo, el hombre no es capaz de pagar ese rescate. Está en bancarrota y solo aumenta su deuda a diario. Es en esta grave circunstancia que Dios ha diseñado la salvación. Dios ha provisto para la salvación a través de Cristo. Como escribe el apóstol: *“mediante la redención que es en Cristo Jesús”* (Romanos 3:25).

Cristo ha pagado el precio y ha provisto el rescate. Él ha pagado tan perfectamente que no queda nada más que pagar. En el Gólgota se realizó un completo pago por el pecado. Allí Cristo pagó el precio por todos los pecados de todos los elegidos que ya han vivido, los que están vivos hoy y los que vivirán en el futuro en la tierra. Así Dios obró la redención: a través de Cristo como el Fiador y Sustituto.

Isaías dice: *“mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros”* (Isaías 53:6). Dios ha exigido el pago de Su Hijo. Cuando Jesús tomó sobre sí la culpa de Su rebaño, a Él le fue exigido pagar y satisfacer. Esto llevó el sufrimiento y la muerte sobre Jesús. Isaías dice acerca del Mesías, sobre Quien Dios cargará la iniquidad de Su pueblo: *“Angustiado él, y afligido”* (Isaías 53:7). Fue oprimido. Le fue exigido cumplir una satisfacción plena. Vemos esto suceder en el Huerto de Getsemaní y en la cruz de Gólgota.

Sin embargo, la conclusión de este tormento, la agonía infernal, el soportar la ira de Dios contra el pecado, fue que Él pudo clamar: *“Consumado es”* (Juan 19:30). ¡Se ha hecho el pago! ¡Las demandas están satisfechas! ¡Se ha pagado el rescate! El pago fue tan completo que Dios el Padre resucitó a Jesús de la muerte y declaró: *“Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies”* (Salmo 110:1).

Ahora se puede proclamar el mensaje: *“siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús”* (Romanos 3:24). Esto nos enseña cómo se obtiene la justificación ante Dios. En esto nos enfocaremos en nuestro segundo punto, donde consideraremos:

Nuestro segundo pensamiento. El precio que el pecador debe pagar a Dios por su justificación.

El apóstol apunta cómo y por cuál medio los pecadores culpables pueden ser justificados: *“siendo justificados gratuitamente por su gracia...”* (Romanos 3:25).

En primer lugar, fíjense en que dice *“gratuitamente”*. El griego enfatiza aquí el hecho de que lo que se quiere decir es algo que es totalmente sin costo, completamente gratis, sin ningún pago en absoluto.

En segundo lugar, el apóstol dice: *“por Su gracia”*. El don gratuito de la justificación tiene su origen en la gracia de Dios. En la Biblia, siempre se contrasta la palabra *“gracia”* con la palabra *“culpa”*. Siempre se dirige a alguien culpable y apunta a algo inmerecido. La absolución se contrasta con la gran culpa del pecado del hombre caído.

Al considerar estas dos palabras que utiliza Pablo, debemos considerarlas juntas, no separadas. La justificación del pecador no es meramente un don gratuito, sino que también es por gracia. Es decir, es un regalo gratuito concedido a personas culpables, *“gratuitamente”* y *“por su gracia”*. Esto ilustra el precio que el pecador debe pagar por su justificación ante Dios.

En primer lugar, consideremos cuán diferente era el precio que Jesús tuvo que pagar por la redención de Su pueblo, comparado con el precio que el pecador debe pagar por su redención. ¡Qué precio inimaginable tuvo que pagar Jesús! El sudor de sangre en el Huerto de Getsemaní y el ser abandonado en la cruz de Gólgota demuestran lo que fue necesario para expiar la culpa del pecado y pagar el rescate por los cautivos de Satanás. Él *“se dio a sí mismo por nosotros”*, dice el apóstol (Tito 2:14). No sacrificó oro ni plata, en cambio Él se sacrificó a sí mismo como rescate por Su pueblo. ¡Qué precio indescriptiblemente alto fue pagado por la redención de indignos y miserables pecadores como nosotros!

Contrasten esto con el precio que el pecador debe pagar para ser salvo. Es *“gratuitamente”* que somos salvos. El precio ya ha sido pagado y entregado en la mano de Dios, a través del sufrimiento y muerte expiatorios de Cristo. Es por eso que la salvación es *gratuita* y completamente *por Su gracia*. El precio fue establecido deliberadamente por Dios. De esta manera, Él ha defendido Su honor. Si deseáramos contribuir algo a nuestra salvación, Dios tendría que compartir el honor de la salvación con nosotros. Cuando Abraham venció a los cinco reyes y libró a Lot de la cautividad, el rey de Sodoma quería recompensarlo generosamente. Sin

embargo, Abraham no quiso ningún regalo. ¿Por qué no? Como dijo Abram: *“para que no digas: Yo enriquecí a Abram”* (Génesis 14:23). Lo mismo se aplica aquí. Ninguno debe poder decir: “Yo he pagado por ello o he contribuido a ello”. Es por eso que Dios determinó que el precio fuera *“gratuitamente”* y *“por su gracia”*. Dios ha mantenido Su honor.

El precio fue deliberadamente establecido por Dios para asegurar que nadie, no importa cuán pobre o rico sea, fuera excluido. Uno nunca es demasiado pobre para recibir un regalo. Ninguno puede decir: “el precio es demasiado alto para mí”. Para algo que es gratis, es decir, gratuitamente dado por gracia, nadie es demasiado pobre o culpable. Este es un mensaje principal inherente al Evangelio. La salvación viene sin dinero y sin precio. Esto no es solo una bendición asombrosa, sino incomprensible. Por cierto, somos incapaces de contribuir aun un peso a nuestra redención, o una iota a nuestra salvación. Si se exigiera un precio, incluso si fuera solamente una buena obra, un pensamiento piadoso o una verdadera lágrima de tristeza ocasionales, el precio ya sería demasiado alto.

El precio ha sido establecido misericordiosamente. Está acorde con nuestro poder adquisitivo. Estamos tan espiritualmente empobrecidos y en bancarrota, y somos tan profundamente culpables ante Dios, que, si se exigiera algún pago, la salvación habría vuelto imposible para nosotros. Pero ahora, en Su misericordia, el Señor ha compensado nuestra falta de poder adquisitivo y ha establecido que el precio fuera: *“gratuitamente”* y *“por su gracia”*.

Aun así, es un precio que rechazamos. ¿Por qué es esto? ¿Sentimos que el precio es demasiado alto? ¿Se exige demasiado de nosotros? No, pero el precio nos parece demasiado bajo. No se exige lo suficiente de nosotros. No queda ningún rol para nosotros. No hay lugar para nuestra colaboración. No podemos contribuir de ninguna manera para nuestra salvación. No queda lugar para nuestro honor. Por eso rechazamos el precio que Dios ha establecido.

Estimamos el precio demasiado bajo porque no deseamos estar ante Dios como un mendigo desnudo. Somos como el hombre en la parábola, quien dijo: *“mendigar me da vergüenza”* (Lucas 16:3). Cuando Adán y Eva descubrieron su desnudez, cosieron delantales de hojas. Así intentaron cubrir su desnudez, aunque todos saben que era una cobertura inadecuada. Pero nosotros, en nuestra ceguera, hacemos lo mismo. Intentamos cubrir nuestra desnudez y ocultar nuestra bancarrota espiritual ante Dios con unas patéticas hojas de higuera de autojustificación. El hombre caído es demasiado orgulloso para admitir que está desnudo y perdido, y que no le queda nada en absoluto con qué merecer su salvación. Rehusamos extender nuestra mano para recibir y rehusamos ser justificado *“gratuitamente”* y *“por su gracia”*.

Queremos comprar nuestra justificación. Si Dios exigiera un peregrinaje o una aflicción autoimpuesta de nosotros, estaríamos preparados para cumplir lo requerido. Aun si Dios exigiera el último centavo de nuestra redención, cumpliríamos. Muchos piensan: “¡Qué Dios

solamente exigiera algo! Entonces haría ese peregrinaje, o pagaría ese precio”. Pero ahora Dios dice: “Es dado gratuitamente, por gracia”; ahora que Él desestima cualquier obra o justicia mía, ahora que Él dice: “Solamente necesitas extender tu mano porque es gratuito y por gracia”, ahora rechazamos ese precio.

El precio es demasiado bajo para nuestro parecer. Rehusamos admitir que somos desnudos y que no tenemos dinero. Rehusamos reconocer nuestra bancarrota. No queremos ser tratados como Dios nos ha descrito en el evangelio, es decir, como personas que no pueden pagar nada, que no pueden merecer nada y que no pueden hacerse dignos de nada. Dios nos trata como pecadores miserables e impíos, quienes solamente pueden ser salvos por pura gracia. Sin embargo, así no deseamos ser tratados. El orgullo de nuestra naturaleza caída rechaza una salvación dada “*gratuitamente*” y “*por su gracia*”.

Incluso en los corazones del pueblo de Dios hay una resistencia al precio que Dios ha establecido. Aun el pecador convencido encuentra el precio demasiado bajo. ¿Qué está buscando un alma afligida por culpa? ¿Qué angustia a un pecador realmente convencido? Su conciencia está cargada de culpa por pecados pasados. Su vida previa le condena a él o a ella. La santidad y justicia de Dios, junto con el entendimiento de que debemos comparecer ante el tribunal de Dios le hacen pensar: “¿Cómo apareceré yo ante Dios en justicia?”

Hay una profunda convicción en su corazón de que Dios no puede dejar impunes nuestros pecados. A la vez, hay un profundo entendimiento de que no podemos encontrar a Dios en paz. Hay una convicción de que nuestro estilo de vida mejorado, nuestras lágrimas de tristeza y nuestra obediencia ferviente no son suficientes para reconciliar nuestros pecados ante Dios. Y, aun así, el pecador no huye a Cristo. Aunque se proclama a Jesús en toda Su plenitud y suficiencia, aunque él escucha que cualquiera que tiene sed puede venir y tomar del agua de la vida gratuitamente, aun así, muchos no llegan a decir con McCheyne:

*Al oír el dulce nombre, amainó mi gran terror;
Aliviado mi miedo culposo, entonces fui sin temor
A la fuente de vida que es libre, para beber ahí;
Jehová, justicia nuestra; Él es todo para mí.³*

¿Por qué es esto? Bueno, esto tiene su origen en la incredulidad. No creemos el evangelio. No creemos que, cuando nos acercamos a Dios en nuestra desnudez, Él nos vestirá. No creemos que, cuando vamos a Él como pecadores culpables y perdidos, Él nos salvará. No creemos que, cuando nos acercamos a Él con manos vacías, Él las llenará con cosas buenas.

³ Robert Murray McCheyne, traducido por Bill Greendyk. *Jehová Tsidkenu (El Señor, nuestra justicia)*.

El pecador convencido piensa: “Dios no me recibirá así. Necesito poseer algo, aunque sea solamente unas lágrimas de justicia, aunque sea solo un corazón humilde y quebrantado. Necesito algo para recomendarme a Dios”. El precio es demasiado bajo. De eso se trata.

Cuando uno va a la feria, los vendedores trabajan muy duro para animar a los compradores a pagar más de lo que tal vez estén dispuestos a pagar. Ciertamente, a menudo deseamos pagar menos de lo que el vendedor pide. Pero, con reverencia, ¡Dios necesita trabajar muy duro para convencernos de que paguemos *menos* de lo que estamos dispuestos a pagar! Dios necesita llevarnos tan bajo que finalmente concordemos con el precio, que es: “*gratuitamente*” y “*por su gracia*”.

¡Cómo se crucifica nuestra carne orgullosa aquí! Nuestras riquezas percibidas desaparecen y se descubre la maldad de nuestro corazón para llevarnos tan bajo que podamos estar de acuerdo con el precio que Dios demanda.

Todo debe ser despojado de nuestras manos, incluyendo todas esas posesiones que queríamos comprar. Necesita convertirse en una realidad viva que debemos una fortuna en deudas y no poseemos ni un centavo con el que pagar.

El conocido predicador Whitefield a menudo recitó las líneas conocidas de un poema: “Mi paciencia aun requiere arrepentimiento. Mis lágrimas aun requieren lavamiento en la sangre de Jesús”. Cuando usted experimenta esto, entonces no le queda nada con qué redimir su alma. El evangelio debe ser creído: “*Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús*” (Romanos 3:24). Esto es muy difícil de creer para un pecador culpable. El pecador se siente terriblemente culpable. Dios sería completamente justo si lo castigara a él o a ella. Entonces, creer que Dios desea perdonar sus pecados “*gratuitamente*”, sin ninguna contribución o pago alguno de su parte... ¡es una maravilla demasiado grande para comprender para un pecador culpable!

Dios necesita revelar el misterio de este evangelio a nosotros. El Espíritu Santo necesita convencernos de que el evangelio de la salvación gratuita, solamente por la fe en Cristo crucificado, es verdad y que es verdad para un pecador tal como lo soy yo.

No pueden comprender ese misterio sin entender la cruz de Gólgota. No pueden comprender esto a menos que el Espíritu Santo les enseñe que Cristo ha pagado el precio en Gólgota tan completamente que no nos queda nada a nosotros por pagar.

¡Un vistazo en fe del Fiador y Salvador Jesucristo, que sangra, muere y lleva la maldición, nos hará entender que el pago y la satisfacción han sido hechos! Entonces oímos el llamado del

evangelio: *“Oh, todos los sedientos, venid a las aguas; y los que no tienen dinero, ¡venid, comprad y comed! Venid, comprad, sin dinero y sin precio, vino y leche”* (Isaías 55:1).

Nuestro corazón entenderá que nada más necesita ser pagado porque todo ya ha sido pagado. Estaremos en santo acuerdo, entonces, con el precio que Dios ha establecido. Concordaremos totalmente y no desearemos nada más que ser justificados, por Su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús.

Esta compra sin dinero y sin precio se convertirá en una compra bendita. Se trata de venir tal como somos. Es experimentar que, mientras más pobre y miserable uno sea, más bienvenido es ante Dios. Se trata de dependencia total en la obra terminada de Cristo. Es justificar a Dios en Su juicio del pecado, para que, a su vez, seamos justificados por Dios y absueltos de todo pecado y castigo. Es caer en los brazos de esa eterna misericordia y entender: *“Porque al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuéramos hechos justicia de Dios en él”* (2 Corintios 5:21).

Este es un maravilloso y precioso intercambio que causó a Martín Lutero exclamar: “¡Qué intercambio tan desigual! ¡Él es tan puro y yo soy tan vil!” El conocido Thomas Watson dijo de esto: “Tal fe da más gloria a Dios que el martirio”. ¡Eso es impresionante! Y, sin embargo, es tan cierto. Inclinarsen tan bajo que estemos de acuerdo con el precio establecido por Dios trae mucho honor a Él. Así honramos la manera en que Dios ha dispuesto justificar a los impíos y ustedes se entregan por completo para ser justificados *“gratuitamente”* y descansar en nada más que en el Hijo, en quien Dios el Padre tiene complacencia.

Ahora cantemos del Salterio 83:1.

Congregación, las palabras bíblicas *“gratuitamente”* y *“por Su gracia”* deberían ser muy preciosas para nosotros. Están entre las palabras más consoladoras de toda la Sagrada Escritura. Sin embargo, desconfiamos de estas palabras de Dios y las consideramos por debajo de nuestra dignidad.

Si Dios exigiera algún precio determinado, haríamos todo nuestro esfuerzo para reunir los recursos necesarios. Si Dios dijera: “Necesitas hacer un viaje por todo el mundo o vivir como mendigo por un año”, inmediatamente procederíamos a cumplirlo. Y, sin embargo, ahora que el Señor dice que la salvación es *gratuita y solamente por Mi gracia*, declinamos. Deseamos pagar. Deseamos hacernos dignos y adecuados para recibir la gracia. Es por eso que una ramera o un publicano a menudo están más cerca de la gracia que el piadoso asistente en la iglesia a quien Jesús se refirió cuando dijo: *“De cierto os digo que los publicanos y las rameras van delante de vosotros al reino de Dios”* (Mateo 21:31).

¿Qué pensarían de un mendigo que tocara su puerta, mendigando comida y dinero, mientras estuviera vestido con ropa fina y anillos de oro en sus dedos? Primeramente, ¿no se asegurarían de que este individuo no fuera un fraude? Yo creo que muchas veces Dios debería pensar de nosotros de una manera similar. Tocamos Su puerta, engalanados y bien vestidos. Buscamos la gracia de Dios como personas que no se ven a sí mismas como condenables, sino más bien como personas rectas. Nos presentamos ante Dios vestidos con la ropa fina de la devoción y las buenas obras. En nuestro dedo llevamos el anillo de la ortodoxia. Pero así no toca un mendigo a su puerta, ¿verdad? Y así usted tampoco debe tocar la puerta de Dios de esta manera.

Un artista vio una vez a un mendigo, vestido con harapos, sin afeitar, sucio y sentado en unos escalones. Parecía un mendigo en todos los aspectos. El artista pensaba para sí: “Me gustaría crear un cuadro de este mendigo”. Se acercó al mendigo y le dijo: “Puedo utilizarte como modelo para una pintura. Ven a mi estudio mañana y te pagaré bien”.

¿Qué hizo el mendigo? Se lavó, se afeitó, cambió su ropa y luego fue al estudio del artista. El artista lo vio y dijo: “No te necesito así. ¿No te pedí que vinieras como un mendigo?” Desafortunadamente, Dios también debe decir de nosotros: “No tengo necesidad de ti así”.

Gratuitamente y por Su gracia: ¡qué mensaje maravilloso es este! Una buena noticia para aquellos culpables y en bancarrota. Entonces, usted debe exclamar: “He buscado la sanidad por todos lados, tal como la mujer con el flujo de sangre. He tocado todas las puertas, pero mi enfermedad solo ha empeorado. Solo poseo injusticia y un corazón pecaminoso”. Ahora pues, aquí está un buen mensaje para usted: la salvación se da gratuitamente. Es dada gratis, por Su gracia.

¡Qué mensaje bendito es este! Esa palabra “gratuitamente” es como música para los que están espiritualmente en bancarrota. Y las palabras “por su gracia” son como una invitación acogedora para aquellos que están convencidos de sus maldades. Todos estamos en bancarrota. El apóstol Pablo, habiendo considerado este asunto dijo: *“por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios”* (Romanos 3:23). Tanto el judío como el gentil; de hecho, el mundo entero es condenable ante Dios. Todos somos condenados. Como el apóstol dijo: *“Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres”* (Romanos 1:18).

Sin embargo, ¿nos preocupa nuestra bancarrota espiritual? ¿Nos pesa nuestra condena? ¿No es el caso que no nos damos cuenta de nuestra miseria y, como resultado, escuchamos superficialmente el evangelio, y después de cada sermón simplemente continuamos con nuestros esfuerzos terrenales?

Las palabras “gratuitamente” y “por su gracia” suenan como buenas nuevas de lejanas tierras para todos los que se sienten miserables, condenables y malditos pecadores ante Dios. ¡Qué

consuelo y liberación se expresan en la proclamación de este evangelio para todas sus necesidades y decepciones! Este evangelio proclama que la única idoneidad que se requiere es la *necesidad* de reconciliarse con Dios. Este evangelio proclama que no hay otras condiciones previas que el hambre, la sed, la pobreza y la desnudez.

Todo está a la venta por dinero. De hecho, en este mundo se puede comprar todo con el dinero, incluso el amor. Sin embargo, no se puede comprar la gracia de Dios. Esta solamente puede recibirse *“gratuitamente”*, como un mendigo, como uno condenado. Incluso si pasara toda su vida juntando el dinero para comprar la gracia de Dios, al fin escucharía: *“Tu dinero perezca contigo”* (Hechos 8:20).

Por otro lado, si su experiencia se ha convertido en la que leemos en la parábola de aquellos deudores que no tenían nada con qué pagar, entonces usted es exactamente ese hombre o esa mujer que puede creer: *“siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús”*.

Amén.

Último Salterio 367:5